

Un encuentro lasaliano con el Papa León XIV

Artículo escrito por el Hermano Robert Schieler, quien fue Superior General del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de 2014 a 2022.

El nuevo papa León XIV no es desconocido para nuestro Instituto ni para los Hermanos.

En 2014, los Hermanos de las Escuelas Cristianas celebraron su 45.º Capítulo General en su Casa Generalicia (o Casa Madre) de Roma. La finalidad de un Capítulo General era realizar una evaluación periódica del Instituto, continuar su adaptación y renovación, establecer directrices y orientaciones para dicha adaptación y renovación, y elegir al Hermano Superior y a los Consejeros Generales.[1]

En las primeras etapas de un Capítulo se celebra un retiro, animado por un facilitador a quien se invita. El retiro permite a los delegados elegidos al Capítulo dejar a un lado sus rutinas ordinarias, apartarse, tomarse un respiro y entrar en un período de discernimiento espiritual para prepararse para las trascendentales decisiones que tomarán al concluir el Capítulo. Al ponerse en presencia de Dios, esperan poder escuchar colectivamente la voz del Espíritu Santo y comprender mejor y dar respuesta a las necesidades del momento.

La persona elegida para facilitar el retiro de tres días en 2014 fue un buen amigo del Hermano Álvaro Rodríguez, Superior General de los Hermanos en aquel momento. Este amigo era el Padre Robert Prevost, futuro Papa León XIV y antiguo Prior General de los Agustinos. Su amistad se desarrolló mientras ambos dirigían sus respectivas familias religiosas. Por aquel entonces, el Hermano Álvaro llevaba dos mandatos como presidente de la Unión de Superiores Generales (USG), siendo el primer religioso no ordenado en desempeñar tal responsabilidad. Antes de su elección, los candidatos al cargo tenían que ser sacerdotes. Recordando su tiempo con el Padre Prevost, el Hermano Álvaro dijo: «Le recuerdo como un religioso amable, siempre cercano, con una profunda espiritualidad y gran disponibilidad».

El Hermano Álvaro recordó además: «Recuerdo de manera especial nuestra participación en el Sínodo sobre la Nueva Evangelización en 2012.» Durante ese sínodo, se permitió a los Superiores Generales elegidos hacer una intervención. La ponencia del Hermano Álvaro versó sobre los jóvenes y la nueva evangelización y el tema desarrollado por el entonces Prior, Robert Prevost, versó sobre las características de la nueva evangelización.

Se ofrece a continuación una descripción del retiro de 2014 que el Padre Prevost facilitó a los Hermanos, basada en mis notas y recuerdos. Tal vez aporten algunas ideas sobre la espiritualidad, las prioridades y la visión del Papa León XIV para la Iglesia y su papado.

En sus observaciones introductorias a los delegados del Capítulo General de 2014, el Padre Prevost sugirió que la tarea de los delegados del Capítulo era explorar una visión más amplia, una razón para estar en este Capítulo General. Para ayudar a los capitulares a explorar esta visión más amplia, ofreció seis conferencias a lo largo de los tres días. Esta «exploración de la visión más amplia» llevó a un delegado a preguntarse: «¿Los resultados serán de continuidad o de cambio?». Mirando alrededor del Aula Magna,[2] se preguntó si este grupo de hombres, muchos de ellos de 50, 60, 70 y algunos incluso de 80 años, era capaz de arriesgarse a cambiar. El Hermano preguntó: «¿Podemos imaginar el Instituto de formas nuevas y diferentes?».

El tema de la conferencia inaugural fue: «Señor, enséñanos a orar». El Padre Prevost comenzó con estas palabras de Jesús en el Evangelio de Marcos (6,31): «Venid conmigo a orar». Jesús, expresó, nos dice que no amontonemos palabras cuando oremos. Más bien, debemos vaciar nuestras mentes de palabras y abrir nuestros corazones a la Palabra de Dios. También nos recordó la aridez de la oración, tan frecuente en la vida de quienes buscan estar en la presencia de Dios. Cuando eso ocurre, ¿cómo debemos reaccionar? Sugirió a la Madre Teresa de Calcuta como un buen ejemplo. En sus memorias privadas, hablaba de la aridez de su vida de oración durante 30 años. Sin embargo, perseveró en ponerse diariamente en la santa presencia de Dios. Quizás, como otros religiosos, el Padre Prevost reflexionaba sobre sus propios periodos de aridez, confiando en la presencia permanente de Dios en tiempos de ausencia percibida.

Concluyó sus observaciones introductorias ofreciendo varios pasajes de la Escritura para nuestra oración y reflexión personales, especialmente en tiempos

de aridez:

- «¿En qué espero, Señor? En ti está mi esperanza». (Salmo 39:8-9)
- «Escucha, Señor, mi oración; presta oído a mi clamor; hazas oídos sordos a mi llanto. Porque soy un caminante ante ti, un peregrino como todos mis padres». (Salmo 39:13)
- «Sólo en Dios descansa mi alma; de él viene mi salvación». (Salmo 62:2)
- «Los favores del Señor no se agotan, sus misericordias no se agotan; se renuevan cada mañana, grande es su fidelidad.» (Lamentaciones 3:22-23)

El tema de la conferencia del segundo día fue: «¿Dónde estás, Dios? Los comentarios del Padre Prevost se centraron en nuestra vida de fe y en los momentos en que dudamos de esa fe. Compartió un comentario de uno de sus cohermanos: «Somos un pueblo de Pascua, pero vivimos en un mundo de Viernes Santo». Sugirió que quizá más de nosotros vivimos en un mundo de Sábado Santo, que es un tiempo intermedio, un tiempo de transición. Más tarde, en nuestro pequeño grupo, un delegado sugirió que nosotros, como Hermanos en el Capítulo y Hermanos en general, estamos en los tres lugares del Misterio Pascual; algunos de nosotros vivimos el Viernes Santo, otros el Sábado Santo y otros el Domingo de Resurrección.

En ese año de 2014, los Hermanos estaban celebrando un momento significativo en la vida de los primeros años del Instituto. Trescientos años antes, en 1714, La Salle experimentó su propia «noche oscura del alma», alejándose de la misión de París y llegando finalmente a la ermita de Parmenia, en lo alto de la ciudad de Grenoble. En aquella época, La Salle creía que él era la causa de los problemas que los Hermanos tenían con las autoridades eclesiásticas y civiles. También sentía que había perdido la confianza de algunos de los Hermanos. Por lo tanto, pensó que lo mejor era apartarse de esas tensiones, visitando a los Hermanos en el sur de Francia antes de ir a Parmenia y recluirse. Finalmente, los Hermanos de París, en una carta convincentemente escrita, ordenaron a La Salle que, bajo su voto de obediencia (y con la insistencia de la «Hermana Luisa»),[3] regresara a París y asumiera de nuevo la dirección del Instituto.

Refiriéndose a ese acontecimiento, el Padre Prevost preguntó: «¿Qué es lo que querríamos escribir hoy, especialmente si quisiéramos reescribir la carta de los Hermanos a La Salle?». ¿Cuál es la historia que queremos dejar a los demás? ¿Cómo hemos vivido nuestra relación con Dios en lo más íntimo de nuestro ser?

Un delegado del Capítulo reflexionó: «Un pensamiento que merece la pena considerar. Pero, ¿una carta a quién? ¿A quién llamamos? ¿Y a qué se nos llama?».

El tema de su tercera conferencia fue «Dios está en la historia, nuestra historia». Empezó hablando de la memoria, el lugar donde empezamos a encontrar a Dios en nuestra vida. Recordando la liturgia eucarística en la que el sacerdote entona: «Haced esto en memoria mía». Refiriéndose de nuevo a la carta de los Hermanos a La Salle, el Padre Prevost sugirió que deberíamos escribir nuestra propia historia de cómo Dios actúa en nuestra vida, la historia que querríamos dejar a los demás. Como las novelas, continuó diciendo, los diarios/memorias tienen un tema. ¿Cuál es nuestro tema personal que describe nuestra vida como religiosos Hermanos hoy?

Durante la conferencia, el Padre Prevost citó su propio carisma agustiniano: «Hazme conocerte a mí mismo para que pueda conocerte a ti, oh Dios» (San Agustín). Aquí, dijo, las memorias no tratan esencialmente de mí, de nosotros, sino de la relación de Dios con nosotros; Dios habitando en lo más íntimo de nuestro ser. En esta línea, el Padre Prevost sugirió a los capitulares una reflexión y evaluación concienzuda del pasado, creyendo que tal reflexión puede ayudar a construir un futuro deseado para la Misión Lasaliana.

La espiritualidad de comunión fue el siguiente tema de la conferencia. El Padre Prevost comenzó con la primera lectura del domingo de los Hechos de los Apóstoles 2,42-47 - «Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común». Este es el misterio de la comunión, dijo, que contrarresta el *zeitgeist* actual, centrado en un exagerado sentido del yo a expensas del bien común. El gran desafío para nosotros hoy es hacer de la espiritualidad de la comunión el principio rector de la educación. Nos invitó a ofrecer al mundo de hoy los mejores elementos de nuestro carisma: la fraternidad y la vida comunitaria. Citó el documento del Vaticano II, *Lumen Gentium* sobre nuestra obligación de aliviar el sufrimiento y la miseria del mundo y la exhortación apostólica de San Juan Pablo II, *Vita Consecrata* llamándonos a ser expertos en la espiritualidad de comunión:

Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios (1 Co 12,1-11). Entre estos dones resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos (cf. 1 Co 14). El mismo produce y urge la

caridad entre los fieles, unificando el cuerpo por sí y con su virtud y con la conexión interna de los miembros. Por consiguiente, si un miembro sufre en algo, con él sufren todos los demás; o si un miembro es honrado, gozan conjuntamente los demás miembros (L.G. 7)

Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como «testigos y artífices de aquel «proyecto de comunión» que constituye la cima de la historia del hombre según Dios» (VC, 46).

El último día del retiro, el Padre Prevost inició su presentación con un extracto de la película *De dioses y hombres*, que narra el asesinato de los trapenses franceses en Argelia. La película introdujo su tema para ese día: El servicio al estilo del Evangelio. Sus comentarios versaron sobre el liderazgo de servicio. También reiteró un comentario anterior según el cual nuestro don a la Iglesia, nuestro carisma, es nuestro testimonio de fraternidad.

El tema de la conferencia final fue: «El valor de soñar, el desafío de la misión». El Padre Prevost relató cómo entre los delegados al Capítulo General de su congregación, celebrado el mes de septiembre anterior, había participantes muy diferentes: «veteranos y novatos», soñadores y realistas. A partir de esa diversidad y de los distintos puntos de vista, ya fueran teológicos, políticos o de otro tipo, su tarea había sido explorar la visión más amplia, la razón de ser del Capítulo. Lo mismo puede decirse de nosotros hoy. Para hacer realidad la visión más amplia, debemos encontrar la unidad en nuestra diversidad a través de nuestra apertura para escuchar en oración el espíritu de Dios.

A continuación, el Padre Prevost propuso a los delegados considerar los elementos clave para un instituto apostólico como el nuestro, con una misión definida. Esos elementos clave se tomaron de *La alegría del Evangelio* del Papa Francisco: 1) comprender y vivir una espiritualidad que responda a la sed de Dios de las personas; 2) descubrir y vivir una espiritualidad que ofrezca sanación; 3) manifestar un celo apostólico que vaya a los márgenes; 4) y volver a comprometerse con la educación de manera que integre la fraternidad, el servicio y la comunidad. Por último, habló de un gran reto en nuestro papel de educadores: encontrar un lenguaje que los jóvenes puedan entender. Creía que nuestro Instituto estaba bien situado para ayudar a conseguirlo. En *La alegría del Evangelio*, el Papa Francisco expresó su deseo de que los jóvenes ejerzan un

mayor liderazgo. El movimiento de Jóvenes Lasalianos de nuestro Instituto es una de las estructuras que permiten a los jóvenes ejercer el liderazgo y, para sus educadores, puede ser un camino para encontrar el lenguaje de los jóvenes.

El Padre Prevost concluyó el retiro con las bien citadas líneas de «Little Gidding» de T.S. Eliot, *Four Quartets*, «No cesaremos de explorar. Y el final de toda nuestra exploración será llegar a donde empezamos y conocer el lugar por primera vez». Y en un tono más humorístico, puso fin a su tiempo con nosotros con esta ocurrencia del antiguo Superior de los Dominicos, el Padre (más tarde Cardenal) Timothy Radcliffe: «El significado del aplauso: al principio, un acto de fe, a mitad de camino, un acto de esperanza, y al final, un acto de caridad».

¿Podrían estos temas de la conferencia decirnos algo sobre la vida espiritual del Papa León XIV? ¿Sobre sus sueños y esperanzas para su papado y para nuestro mundo? Personalmente, creo que sí. El Papa llama a los fieles a una vida de oración, a la búsqueda de Dios, a descubrir la vocación de Dios para nosotros en nuestros relatos y recuerdos, a la convicción de que todos somos hermanos y hermanas, a nutrir nuestra vida espiritual a través del diálogo y en comunidad, y a tener el valor de soñar un mundo mejor a pesar de la fragmentación y polarización que infectan nuestro sistema político y nuestras almas. Esta podría ser la esperanza del Papa León para la humanidad. Es su fórmula para hacer realidad una esperanza que se apoya en todos los que aceptan la llamada a ser discípulos misioneros por el Evangelio. Además, podemos considerar la elección de su nombre para hacernos una idea de sus prioridades. En 1891, el Papa León XIII publicó su encíclica *Rerum Novarum*, en la que defendía la doctrina social de la Iglesia Católica, la justicia social y económica para todos, especialmente para los trabajadores. Parece que el Papa León XIV continuará el legado del Papa Francisco.

Tal vez, en su esperanza para la humanidad, el Papa León XIV también se tome a pecho el sueño del profeta Habacuc: «Porque la visión aguarda el momento fijado, ansía llegar a término y no fallará; si parece que se demora, espérala, porque vendrá seguramente, y no tardará» (Habacuc 2,2-3). Esta es la visión del Reino de Dios prometido por Jesús.

Esta es la esperanza y la visión que los Hermanos buscaban cuando se reunieron en Capítulo en la primavera de 2014, siguiendo el tema: «Esta obra de Dios es también nuestra obra».

Aquella tarde del 8 de mayo de 2025, creo que el Espíritu Santo manifestó la voluntad de Dios a los Cardenales reunidos en la Capilla Sixtina, la voluntad de Dios para la Iglesia y nuestro mundo de hoy. Oremos por el antiguo Bob Prevost, el Papa León XIV, y pongamos de nuestra parte para hacer realidad esta esperanza y esta visión, esta invitación a vivir verdaderamente nuestro carisma y nuestra vocación, ya sea a través de la oración, a través del apoyo, a través de pequeñas acciones, levadura de esperanza, o a través de cualquier medio que esté a nuestra disposición. Es nuestra manera de hacer realidad las primeras palabras públicas del Papa León al mundo: «¡La paz esté con todos vosotros!».

[1] Cf. Regla de 2015, 112.

[2] Aula Magna = Gran Salón, el espacio de reunión del Capítulo General en su Casa Generalicia.

[3] La «Hermana Luisa» no era una religiosa, sino una santa mujer que ofrecía retiros y dirección espiritual a quienes acudían a la ermita.

** Artículo publicado en el sitio web de RELAN.*